

Una verdadera maravilla

Cecilia Beuchat





<https://cuentosinfantiles.top>

Ese año la primavera había llegado más hermosa que nunca, y los árboles, los prados y los jardines se cubrieron rápidamente de flores.

Eso le gustó mucho a los geniecillos, que ya estaban un tanto aburridos de la lluvia y del frío. Atrás quedaron los días oscuros del invierno, y se dispusieron a realizar sus tareas de todos los años: avisar a las abejas y a los pájaros que ya era primavera, invitar a los abejorros, enviar mensajes por el aire a los colibríes, en fin, a todos aquellos que ayudarían a que las flores no se extinguieran.

En una planta de maravilla que crecía junto a un hermoso huerto, vivía la familia de genios Flor de Maravilla. Grande, inmenso, brillaba el disco floral, rodeado por una corona de amarillos pétalos.

La familia Flor de Maravilla estaba orgullosa de vivir allí, y no era para menos. La casa donde habitaban, es decir, la flor de la maravilla, tenía toda una trayectoria: artistas famosos la habían pintado en sus cuadros. También el sol,

viejo amigo de la familia, contaba que la maravilla era un símbolo importante entre los indios aztecas.

A los geniecillos les entretenía escuchar todo esto. Estaban orgullosos, porque las semillas que ellos ayudaban a formar cada año servían para alimentar a las aves y para que las vacas dieran más leche que nunca. Últimamente habían oído decir que los seres humanos las ocupaban para hacer unos aceites muy especiales.

Todos estaban contentos, menos Mara Villa, la geniecillo menor, que encontraba espantoso vivir en una flor como esa. Temía decir “común”, por miedo a que el papá geniecillo se enojara demasiado.

Cuando asistía a la escuela de las flores que una familia de chinitas había instalado cerca de allí, trataba que no se enteraran dónde vivía, y jamás invitaba a nadie, ni tampoco aceptaba la invitación que le hacían las otras genios.

Un día, el papá Genio Maravilloso terminó por perder la paciencia, al escuchar siempre las

mismas quejas de su pequeña hija; que ojalá se fueran a vivir a otra flor, que había demasiado pétalo, y que la superficie un tanto áspera que formaban los estambres le rozaba sus delicadas alas. Ni qué decir del tallo largo y espinoso por el que tenía que bajar cada mañana para ir a la escuela.

—Está bien —dijo papá Maravilla—. Buscaremos otra flor. Quizás tengas razón. Tú misma me dirás cuál es la flor en la que quieres vivir.

La mamá Maravilla agregó:

—Quizás sea bueno. Nuestros antepasados siempre vivieron en maravillas. A lo mejor es hora de cambiar.

Así fue como la geniecillo, muy contenta, decidió aceptar las invitaciones que tantas veces había recibido.

Primero visitó a la geniecillo Botón de Rosa, que era tan simpática, y que por supuesto, vivía en un hermoso botón de rosa, todo pintado de rojo, tapizado con terciopelo florar

muy fino. Mara Villa se quedó con la boca abierta, porque en verdad, el lugar era muy bello. Pero cuando quiso tocar el terciopelo de los pétalos, la mamá de Rosa le advirtió:

—¡Cuidado! No lo vayas a estropear.

Pronto descubrió Mara Villa que no tenía mucha gracia vivir ahí; uno no se podía deslizar por los tallos, porque corría peligro de quedarse enganchada en las espinas, y papá Botón de Rosa ponía el grito en el cielo cuando las geniecillos querían jugar al pillarse y entreabrían los pétalos rojos.

—¡Cuidado! —gritaba, impaciente—. Se va a escapar el aroma.

La pequeña Botón de Rosa era feliz allí, pero Mara Villa decidió irse donde otra de sus amigas.

La elegida fue la genio Hortensia Azul, quien de inmediato la invitó por todo el fin de semana. Mara Villa quedó fascinada con las pequeñas flores que conformaban la residencia de su amiga. Sin embargo, hubo un problema.

Cuando llegó la noche, y los Hortensia Azul se fueron a dormir, cada uno en una flor distinta, Mara Villa se sintió un poco sola.

Algunos días después, Mara Villa aceptó la invitación a tomar néctar que le hiciera Diente de León, una de las más inquietas de la escuela. Al llegar, creyó, por fin, haber encontrado la casa soñada, pero cambió de opinión cuando una ráfaga de viento arremetió contra la flor y todos tuvieron que abrir sus paracaídas para volar en búsqueda de otra flor.

—Siempre lo mismo —dijo la mamá Diente de León—. Menos mal que es solo en algunas épocas del año.

A la semana siguiente, Mara decidió ir donde su amiga Nomeolvides, que era muy calladita y algo tímida. La casa resultó ser muy hermosa, pero un tanto pequeña. Los genios Nomeolvides vivían bastante apretados y una familia numerosa como la que tenía ella no iba a caber en una flor como esa.

¡Qué difícil era encontrar algo adecuado! Todas las casas eran bellas, sus habitantes se veían

contentos, sin embargo, la pequeña Mara Villa siempre les encontraba un pero: las petunias eran muy pegajosas; los lirios se marchitaban pronto; en las azucenas, se resbalaba; las violetas eran muy oscuras, en fin, siempre había algún problema.

Su papá, algo preocupado por esta hija que salía todos los días, le preguntó qué había decidido. Mara Villa le contestó resignada:

—Creo que no hay más que hacer. Tendré que vivir aquí para siempre. La mamá intervino, y dijo:

—Está bien, pero creo que es hora que tú invites a todas tus amigas. Han sido tan cariñosas contigo.

Mara Villa arriscó la nariz ¿Qué iban a pensar sus compañeras?

Mamá Maravilla insistió y se dedicó a preparar una rica sopa de néctar con polen. A Mara Villa no le quedó más que hacer lo que se le decía.

Las amigas aceptaron, encantadas, y esa tarde llegaron las geniecillos de visita.

Mara Villa casi se desmaya al ver a su papá dándoles la bienvenida y ayudándolas, en forma muy cortés, para que aterrizaran en la superficie floral.

—Es un tanto áspera —les advirtió la pequeña, con las mejillas intensamente amarillas, pero a ninguna de sus amigas le importó realmente.

Mamá sirvió la rica sopa y todas se la devoraron en un suspiro. Luego jugaron al pillarse y a la escondida.

—Esta casa es buena para jugar al escondite —exclamó Botón de Rosa, entusiasmada.

—Me encanta saltar de pétalo en pétalo —señaló Diente de León.

Y cuando ya creían que iba a oscurecer, sucedió lo que pasa todos los días: el papá Genio Maravilloso miró hacia arriba y lentamente la flor se dio vuelta hacia el sol.

—Podemos seguir jugando —exclamaron todas felices—. En verdad tu flor es una maravilla.

Las geniecillos se despidieron bastante tarde y, antes de irse a casa, le dieron las gracias a los Maravilla por un día tan entretenido.

—Invítanos más a menudo —le rogaron a Mara—. Aquí en tu casa se puede jugar hasta tarde y no hay el problema de que algo se dañe. Mara Villa estaba muy contenta, y, por fin, reconoció que vivir en una maravilla es, en verdad, ¡una maravilla!

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>